



¡Madre mía..!

A mi madre que de niño me llevaba a que viera la Feria y a «montar» en los «Caballitos».

¡Las Madres siempre son mártires!
Mi madre lo fue, bien cierto...
Cuando murió consumida
de maternidad y tiempos,
la corona de sus hijos
era su gozo y su premio.
Dos lágrimas de sus ojos
fueron el adiós supremo,
como perlas que manasen
de su tesoro materno;
tributo de hija de Eva
antes de volar al cielo.
¿Madre, que dulce palabra
llena de amor y misterio!,
vocablo de sacrificio,
de fidelidad secreto,
fuente de vida que mana
del corazón del Eterno,
fuerza que todo sostiene
y bandera de consuelo...
Madrecita de mi vida,
luz de mis castos ensueños
y bálsamo que remansa
todo el dolor que yo encuentro
caminando por las sendas
de este vivir traicionero...

hoy que descansas en paz
bajo la tierra, recuerdo
—como una dulce visión—
tu vida en este destierro:
Siempre tus ojos con lágrimas,
siempre tus labios con besos;
jamás tus manos ociosas;
siempre el alma con anhelos;
siempre rezando plegarias;
siempre floreciendo sueños;
siempre con miel de cariño
como un panal casi eterno;
siempre enseñando a los tuyos;
con magistrales consejos;
siempre antorcha de virtudes
ardiendo en cristiano fuego;
siempre al pie del sacrificio;
siempre tu deber por centro,
como la fuerte mujer
del Antiguo Testamento...
Todas las frases más bellas
no precisan tu concepto,
por ser maternal, sagrado,
por ser heroico, de ejemplo.
¿Madre mía, madre mía..!
Fiel amor, casto embeleso;
cómo me sabes a miel,
cómo me sabes a beso,